

Tribuna abierta

Qué mal empieza la semana

por Koldo Mediavilla



Hay días en los que 'arrancar' cuesta un montón. No sé yo a qué obedece esta dificultad. Si es somática, mental o si esa sensación se alimenta por puro azar. Pero hay condiciones que, sumadas, ponen la agenda cuesta arriba aunque objetivamente no haya elementos de conflicto que salvar

El pasado lunes tenía yo el biorritmo un tanto atravesado. Veníamos de un fin de semana un tanto desapacible, con la primera borrasca que nos hacía recordar la altura del calendario en la que vivimos. El inicio de la semana comenzaba como había terminado la anterior. La ciclogénesis dejaba sus últimos coletazos en un panorama desapacible. Además, las obligaciones precisaban madrugar. Debía trasladarme hasta Gernika,

donde el parlamento vizcaino se reuniría como segunda parte del pleno anual de política general. Y la previsión de movilidad aconsejaba ir con tiempo anticipado para evitar inoportunos retrasos. La jornada, además de áspera en lo meteorológico, se presentaba oscura. La falta de claridad, más que el frío o la lluvia, encoge el ánimo. En mi caso es, quizá, uno de los factores más determinantes. De entrada, se daban todas las condiciones para que el día se hiciera a contracorriente. La percepción subió un poco más gracias al monumental atasco que encontré en la ruta. A pesar de la tempranera hora, la carretera parecía un aparcamiento en superficie. En esas condiciones suelen proliferar los idiotas *cum laude* que ponen en evidencia toda su destreza a la hora de hacer el gilipollas en la calzada al pasar de un carril a otro compulsivamente, lo que obliga a la mayoría a extremar reflejos y seguridad en la conducción. La radio, esa gran compañera que en la cerrazón del vehículo permite la conexión con el mundo exterior, no facilitó tampoco la descompresión de la carga negativa que llevaba auestas. Malas noticias y peores. Estridencia y ruido de declaraciones bochornosas. La mochila emocional se iba cargando en una jornada depresiva en la que todo parecía estar alineado en clave pesimista. Hasta la Academia de las Ciencias de Suecia aportaba su gra-

nito de arena a esa percepción derrotista al premiar con el Nobel de Física a tres investigadores de los agujeros negros. ¿Jodé, un símil paradigmático. Galardón a la observancia de "agujeros negros" ¿Podía haber algo más desconsolador? Sí, por supuesto. Otro titular mal entendido: Donald Trump era "positivo". Cuando todos creíamos, como diría Van Gaal, que el presidente norteamericano era siempre negativo, nos informaban de lo contrario; que era positivo. Lo que faltaba. Llegué a Gernika desolado. Todos los aparcamientos completos. Pero, aunque lejos, conseguí estacionar el vehículo y al fin acceder a la Casa de Juntas. Mojado como un pollo. No es de extrañar que, siguiendo el protocolo de seguridad frente al covid, mi temperatura corporal, observada en el acceso al recinto, marcara 34,5 grados. O el termómetro digital estaba desfasado o mi situación de destempe lo decía todo. No fui el único que parecía haber iniciado la semana subiendo hasta la cima del Tourmalet. Un compañero, con rostro de fatiga, me saludó con desdén: "Egun on, por decir algo. Y, para alegrar el día, cuatro horas de entretenido debate. ¡Qué planazo!". "Otros están mucho peor, ni que tuviéramos que picar piedra en la mina", le contesté quitando hierro a su lamento. "Ya —me respondió—, pero como dijo un condenado a muerte a quien ejecutaron un lunes,

joder, qué mal empezamos la semana". Aquella ocurrencia me hizo entrar en calor al instante y esbozar una sonrisa. Comenzaba la cuesta abajo y el cambio de tendencia. El pleno parlamentario no fue ningún tostón. Y salvo algunos ririrrafes lógicos, la sesión fue civilizada, respetuosa y contemporizadora. Hasta el punto de que los grupos gobernantes (PNV y PSE), pese a su mayoría absoluta, pactaron varias resoluciones con todo el arco político; Elkarrekin Bizkaia, EH Bildu y el Partido Popular. Y en temas no menores (financiación municipal, control en las residencias, etc.). Un ejercicio alentador en tiempos de crisis, de dificultad y de innecesarios desencuentros. La semana comenzaba a enderezarse. Hasta salió el sol y la luz dejó entrever una estampa otoñal mucho más acogedora. La metáfora podría aplicarse a otros ámbitos de nuestro día a día, de esa rutina que es la que de verdad preocupa a la gente. El retorno de los jóvenes a los centros educativos, después del parón obligado por la pandemia en el mes de marzo, preocupaba notablemente a todo el mundo. A padres y madres, inquietos por la seguridad de sus descendientes frente a la enfermedad; a los gestores de los colegios (públicos y privados), que habían seguido con su mejor afán las recomendaciones y protocolos determinados por los expertos sanitarios; a los profesionales de la enseñanza, que se iban a tener que enfrentar a un nuevo modelo de prestación lectiva; y también a la propia administración, que en el insospechado comportamiento del covid-19 seguía sin tener certidumbre sobre su evolución. Todos estaban, estábamos, preocupa-

